

La HONDA de DAVID por Sebastián Salazar Bondy

La VERDAD que ya VIENE

La derecha —que carece de doctrina puesto que no es una interpretación del mundo y el hombre sino simplemente la vociferación defensiva de una clase— es, por esencia, incoherente. Su contradicción ideológica se corresponde perfectamente con su inescrupulosidad, con su capacidad de maniobra, con su disposición para ingir, retroceder, simular, mentir, traicionar, etc. No dirige su conducta ningún principio, ni filosófico ni, por supuesto, moral. Es mercader en cuanto la mueve el ucro y la inspira la codicia. Está formada por aquellos burgueses de los que Leon Bloy —un católico, bueno es advertir— decía que temen morir como perros pero no vivir como cerdos, y cuyo mejor elogio lo expresa esa frase que denuncia la veheñencia posesiva de su índole: “hay que tener un corazón de oro”. En el Perú, en América Latina, en el mundo subdesarrollado, esa derecha y esa burguesía carecen inclusive del “savoir vivre” y el refinamiento de las de la metrópoli europea. Son las muestras sólo minorías sensualizadas, corruptas, ignorantes. ¿Pruebas? Mirad su derrochadora entrega a los placeres cuando todo un país sufre, mirad su insaciable sed de poder que sacrifica personas, valores, ideas, instituciones; mirad, en fin, su absoluto desapego a la cultura integral y su devoción por lo hechizo, sensiblero y fútil. En vano algunos críticos, que no han calado hasta la raíz del problema, se quejan de que dichos millonarios no tengan buenos cuadros en su casa, gozen con un cine y una televisión chabacanas, no adquieran libros (si no es como adorno) ni lean textos de ciencia o literatura. La burguesía es como es, y no la cambiará nada.

Pero, por sobre todo —repito— es incoherente. Y es en la política —y en la política electoral— donde mejor se distingue la falta de congruencia de la derecha burguesa. Casi todos los sectores en los que se alinea (desde el aprismo hasta el belauñdismo) postulan el liberalismo económico. Es decir, la libre empresa, ese anti-principio que propone que el tiburón capitalista o feudal se trague a la sardina trabajadora a la vista y paciencia de un policía que dirige un tránsito abstracto, imaginario. Pero todos esos sectores, al mismo tiempo, agitan mentirosamente las banderas de la “reforma agraria”, por ejemplo, que es un rechazo tajante del libre-empresismo. Bien sabemos que cuando Odría o Cornejo, pongamos por caso, se refieren a la “reforma agraria”, piensan en resguardar las propiedades gamonales y latifundistas de los Gildemeister, los Proaño, los Aspillaga, los Grace, los De la Piedra, los Lomellini, etc., y usan las palabras desollándolas de su contenido legítimo y embutiendo en ellas un concepto falaz. Mas la incoherencia queda en pie: ¿cómo se puede ser derechista y tocar, aunque sea levemente, en forma aún tangencial, la propiedad agraria privada, nacida precisamente del concepto del libre juego de las fuerzas económicas, es decir, propiciar una intervención estatal en la competencia? No cabe semejante posición, lógicamente hablando, pero impudicamente la adoptan nuestros derechistas en su baile electoral de disfraces. Lo mismo ocurre con la nacionalización de la energía: Belaúnde, como Odría y Haya, pide, un poco temeroso de agraviar al amo yanqui, la recuperación de los yacimientos, como si los yacimientos no fueran, por derecho natural y constitucionalmente peruanos, nacionales. Usan un término izquierdista —“nacionalización”— para afirmar algo que no está en debate, y la mañosa incongruencia intenta así ser contrabandeada. Los demócratas cristianos, liberales vergonzantes, añaden a esa falsedad el proyecto de la sociedad mixta; esa especie de centauro en el que la parte del bruto terminará comiéndose a la humana, y gracias a lo cual el país cederá a la usurpación y el latrocinio de la compañía imperialista.

Haya y sus seguidores escriben en las paredes, merced a equipos bien rentados de pintores de brocha gorda con plantillas y todo, consignas demagógicas que le será imposible cumplir desde su actual y definitiva postura liberal y libre-empresista: “educación gratuita”, “industrialización”, “vivienda popular” y, por supuesto, “reforma agraria”. ¿Todo ello (se pregunta uno) con libre mercado de divisas, con términos de intercambio perjudiciales al Perú, con monopolios financieros? Imposible. Belaúnde es más cauto; simula que dice algo, y no lo dice: “carretera marginal”, “mestizaje de la economía”, “esperanto del crédito” y otras fórmulas oscuras y no poco ridículas. Odría habla de hechos, pero para ello se queda en las palabras. ¿Sus hechos? Seguridad Social —menciona—, pero Seguridad Social que no apunta a la socialización de la medicina y que es, por esto, una expresión que tras un postizo humanismo denuncia su sentido limosnero, de escarnecedora beneficencia. En fin, las aseveraciones parecen negar el derechismo fundamental de estas candidaturas burguesas, y por tanto son embustes. La incoherencia de que hablamos ha sido en la mayoría de los casos, planeada con fines inmediatos, para sembrar la confusión.

Sólo la izquierda —y en ella principalmente, el social-progresismo— enuncia objetivos básicos que emanan de la doctrina, que no se explican sino por la doctrina, que constituyen la única realización de la doctrina. Esta estricta correlación entre lo que se piensa y lo que se dice se llama, además, revolución. Nos han contado que un oligarca, ante un grupo de sus congéneres de clase, dijo: “No hay que jugar con los social progresistas. Si llegan al poder, harán lo que dicen. Esos no bromean...” Es enorgullecido ser políticamente aludido en estos términos. Los demás bromean. Es decir, gesticulan, remedan, danzan, gritan, como el actor en la comedia. Luego, terminada la función, se desempolvarán el rostro, se quitarán los colores, se despojarán de sus ropajes de escena. Como los histriones del tablado, esos políticos son contradictorios, con la diferencia de que cuando actúan no crean como aquellos. Al contrario, destruyen o quieren destruir la verdad que ya viene.